

18 de Mayo 2025 - V Domingo de Pascua (C)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

Hoy quisiero dedicar un tiempo a reflexionar sobre el mandamiento de nuestro Señor: **"que se amen los unos a los otros, como yo los he amado"**.

Entonces, ¿qué podemos decir del amor? Pocas palabras en inglés tienen tantos significados como la palabra amor (*love*). Por ejemplo, un niño podría decir: "Abuela, me encanta (*love*) el helado". Un poco más tarde, mientras la abuela prepara un plato de helado, ese mismo niño podría decir: "¡Abuela, te quiero (*I love you*)!".

Un joven podría decir: "Me encanta (*love*) el fútbol". Una joven podría decir: "Amo (*love*) a mi gato". Más tarde, esa misma mujer podría preguntarle al mismo hombre: "¿Me quieres? (*Do you love me?*)". En respuesta (sin levantar la vista del partido), él podría decir: "Por supuesto que te quiero (*love*)".

Una madre podría decirles a sus hijos: "Los quiero (*love*) más que a nada". Mientras acampa en el norte, un hombre podría decir: "¡Me encanta (*love*) estar aquí arriba!". Al regresar a casa, ese mismo hombre podría decirle a su esposa: «Eres lo mejor que me ha pasado; eres el amor (*love*) de mi vida». En la oración, uno podría simplemente decir: «Te amo (*love*), Dios, con todo mi corazón».

San Juan nos dice: «**Dios es amor: el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él**» (1 Jn 4,16).

Todas estas diferentes maneras en que usamos la palabra amor explican por qué, cuando le preguntas a la gente: "¿Qué es el amor?", la mayoría se detiene un momento y responde: "Sé lo que es el amor, pero no puedo explicarlo". Algunos continúan diciendo que el amor es un sentimiento, mientras que otros dicen que es cuando te preocupas por alguien.

Lo que queda claro de todas las diferentes maneras en que usamos la palabra amor es esto: el amor siempre está vinculado a lo que nos parece bueno. En otras palabras, amamos lo que juzgamos bueno. Nadie ama lo que es malo o perverso. En cambio, evitamos lo que es malo y huimos de lo que es malo.

Eso significa que el amor debe ser más que un simple sentimiento o una emoción. De hecho, el amor es en realidad una elección. Es la decisión de buscar y adquirir lo que nos parece bueno. El amor es un acto racional que involucra tanto nuestro intelecto como nuestra voluntad.

Así pues, podríamos definir el amor de esta manera: **el amor es la atracción hacia lo bueno.**

Cuando vemos algo que nos parece bueno, nos sentimos atraídos por ello. Nos esforzamos por conseguirlo. Buscamos tenerlo para nosotros.

Aquí es donde la cosa se complica. Podemos adquirir cosas y usar las que amamos, y eso está bien. Podemos tener propiedades. Podemos tener mascotas. Podemos tener todo tipo de cosas, pero con las personas es diferente. Nunca podemos usar a las personas.

En pocas palabras, las personas no son cosas. Así que no puedes usarlas; no puedes tratarlas como esclavas. Eso violaría su dignidad como seres humanos hechos a imagen y semejanza de Dios.

Eso significa que, con respecto a las personas, debemos refinar nuestra definición de amor. Así, cuando amamos a alguien (en lugar de a algo), decimos que **el amor es desear el bien del otro.**

Cuando amamos a alguien, vemos algo bueno en él y nos atrae por su bondad. Piensa en cómo funciona esto. Al principio, podríamos sentirnos atraídos por alguien porque es guapo o hermoso, o porque es bueno en algo que nos gusta hacer.

Sin embargo, en un nivel más profundo, podríamos sentirnos atraídos por alguna cualidad o virtud que tenga: su valentía, su honestidad, su amabilidad, su gentileza o su sentido del humor.

Así que aquí está lo interesante del amor: cuando nos importa alguien, cuando amamos a alguien por razones altruistas, queremos su felicidad, queremos su bien. Esperamos que tengan salud. Nos alegramos cuando consiguen un buen trabajo. Nos emocionamos cuando se gradúan, hacen la Primera Comunión, se casan, tienen un bebé, etc.

Al mismo tiempo, nos entristece cuando enferman, pierden un partido, suspenden un examen o rompen con su novio; aunque, en el caso de mis sobrinas, me he alegrado por ello en algunas ocasiones.

La cuestión es que, cuando amamos a alguien, se produce una especie de unión de corazones. Nos alegramos cuando ellos están felices; nos entristecemos cuando están tristes. Además, cuando amamos a alguien, hacemos cosas para que sea feliz, le ayudamos a conseguir lo que le conviene.

Los padres ahorran para la educación de sus hijos. Los médicos se levantan en mitad de la noche para realizar una cirugía de emergencia. Los sacerdotes celebran misa por sus feligreses. Nuestro amor por los demás nos inspira a entregarnos por quienes amamos.

Jesús dijo: «**que se amen los unos a los otros, como yo los he amado**». Jesús nos mostró este tipo de amor cuando dio su vida por ti y por mí.

Nuestro Señor vio en nosotros algo bueno. Vio en nosotros la imagen de Dios, la imagen de su Padre. Y recuerda aquí que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios, y también que «**Dios es amor: el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él**» (1 Jn 4:16). Jesús vio en nosotros una bondad fundamental y quiso que esa bondad se perfeccionaría para que algún día pudiéramos ver a Dios en el cielo.

Por eso Jesucristo, el mismísimo Hijo de Dios, dio su vida por nosotros, para que fuéramos salvados. Quiso nuestro bien. Nos amó tanto que voluntariamente lo dio todo por nosotros, incluso su vida.

En nuestro santo Evangelio de hoy, Jesús nos dice que debemos hacer lo mismo **los unos a los otros** ...

Entonces, ¿por qué? ¿Por qué deberíamos hacer esto? ¿Por qué sacrificar lo que queremos para hacer feliz a alguien más? ¿Por qué los padres deberían gastar tiempo y dinero en sus hijos cuando podrían gastarlo en sí mismos? ¿Por qué los esposos o las esposas deberían hacer cosas para complacerse mutuamente cuando podrían hacer lo que quieran? ¿Por qué no ignorar las necesidades de quienes nos rodean y simplemente hacer lo que nos gusta? De hecho, todos podríamos estar haciendo otra cosa ahora mismo en lugar de ir a misa.

Entonces, ¿por qué sacrificar lo que queremos para hacer feliz a alguien más? Porque es al dar que recibimos. La verdad es que **el amor engendra amor**.

La gran mentira que escuchamos hoy en día, el gran engaño, es esta: Cuídate primero. Cuida de ti mismo. Entonces serás feliz.

Sin embargo, las personas que viven así, las que utilizan a los demás, las que no están dispuestas a sacrificarse por los demás ni por Dios, nunca encontrarán la verdadera felicidad. Pueden llevar vidas interesantes. Puede que se diviertan mucho por un tiempo, pero hay algo que también es cierto: se perderán ese amor verdadero y profundo que solo nace del autosacrificio, de la entrega al prójimo. Además, con el tiempo, quienes solo viven para sí mismos terminarán muy solos, sin amor y sin ser deseados. Terminarán aislados tanto en esta vida como en la siguiente.

Hace algunos años se reveló que en Rumania, el gobierno solía internar a niños huérfanos y discapacitados en instituciones grandes y frías donde nadie los cuidaba. Estos niños eran desatendidos; nunca se les abrazaba ni se les cuidaba. Sin embargo, los bebés necesitan ser abrazados y tocados, y sin ese amor, su desarrollo mental y emocional se dañaba permanentemente.

Lo mismo ocurre con quienes se sienten no amados o indeseados, o con quienes han sido rechazados. Sufren por dentro porque han sido tratados con crueldad, abusados, utilizados o se les ha dicho que no sirven. Tratar a los demás de esta manera niega su dignidad como hijos de Dios. Tratar a los demás así niega su humanidad y les dice: "No merecen amor". Les dice que son solo cosas para ser utilizadas.

Por otro lado, cuando somos amados, se afirma que no somos solo cosas, que no somos sólo animales, sino que tenemos una dignidad y un valor que provienen de haber sido creados a imagen y semejanza de Dios... y así es como Dios nos ama.

La cuestión es que, cuando amas a alguien, cuando deseas su bien, eres tú quien tiene que renunciar a ciertas cosas. El amor exige autosacrificio y conlleva riesgos. Puede que a veces rechaces tu amor por otra persona, y eso duele, pero es parte del riesgo del amor.

Sin embargo, en este acto de amor, en este acto de morir a uno mismo, en este acto de sacrificarse por el bien del otro, también ganamos, y lo que ganamos es esto: una riqueza en la vida que las personas egoístas nunca tendrán.

Las personas que llevan vidas egocéntricas se vuelven indignos de ser amados y, al final, no dejan nada que los demás (ni siquiera Dios) puedan amar. Al final, las personas egoístas se aíslan, y este aislamiento autoimpuesto es el infierno: una prisión eterna en una cárcel que ellos mismos han construido, donde el amor está siempre ausente.

Por otro lado, el cielo es un lugar donde todos desean el bien del otro. Es un lugar donde abunda la bondad. Es un lugar donde Dios, que es amor, está presente para todos. Es un lugar donde todos se han vuelto perfectos como su Padre celestial es perfecto. Así que, es porque fuimos creados para el cielo, que Jesús nos manda: «**que se amen los unos a los otros, como yo los he amado**». Obedece este mandamiento y obtendréis la vida eterna. Amén.